

LOS PALIMPSESTOS

Colección Micra

Aleksandra Lun

Los palimpsestos

editorial  minúscula
BARCELONA

© 2015 Aleksandra Lun

© 2015 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2015

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © Pepe Far

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-5-6
Depósito legal: B-23.623-2015

Printed in Spain

*Sería más razonable de mi parte no meterme
en temas drásticos porque me encuentro
en desventaja. Soy un forastero totalmente
desconocido, carezco de autoridad
y mi castellano es un niño de pocos años
que apenas sabe hablar.*

Witold Gombrowicz
«Contra los poetas»

Me llamo Czesław Prześnicki, soy un miserable inmigrante de Europa del Este y un escritor fracasado, hace tiempo que no mantengo relaciones sexuales y estoy ingresado en un manicomio en Bélgica, un país que lleva un año sin gobierno. Las razones por las que me encuentro entre los fríos muros de un hospital psiquiátrico en el norte de Europa son para mí un misterio igual de inexplicable que el fracaso de mi vida sexual, que desde hace años me tiene sumido en la abulia y la frustración. Nada auguraba que un día acabaría en un manicomio belga cuando hace treinta y cinco años nací detrás del Telón de Acero, en el confuso espacio geopolítico marcado por la hiperactividad de Adolf Hitler. En concreto, el estado que me expide el pasaporte es

Polonia, el país de los papas trotamundos, del frío y de los musculosos héroes de guerra entre los cuales, hipocresía aparte, no me incluyo. Soy de anatomía flácida, pelo escaso y naturaleza sumisa, y la totalidad de mi pusilánime persona dista de constituir una fuerza atractiva para los ejemplares sanos del sexo masculino, tanto durante los regímenes totalitarios como en democracia. Antes de que me ingresaran en el hospital psiquiátrico de Lieja, una ciudad de la Bélgica francófona, yo vivía en Vinson, la capital de la Antártida, donde compartía el triste destino de otros miserables inmigrantes de Europa del Este que llegaron al continente blanco con sus recién adquiridos pasaportes. Fue así como aprendí el antártico, un idioma que ahora hablo con soltura aunque con un fuerte acento extranjero y en el que escribí mi primera novela, *Wampir*, un fracaso editorial.

A pesar de haber publicado un libro, yo nunca había querido ser escritor sino

veterinario, y solo puedo achacar a las injusticias del destino que no haya podido seguir mi vocación primera y auténtica. Quizá esa noble profesión me habría llevado por otros caminos de la vida y ahora no estaría ingresado en un manicomio escribiendo una novela, sino dedicándome a actividades más constructivas que la literatura. Pero los escritores escribimos por unas razones que resultan de nuestra bajeza moral, a saber, ambición, ego desmesurado, angustia, ganas de destacar, arrogancia y miedo de morir. Estas dramáticas circunstancias nos hacen avanzar en las historias que presentamos ante nuestros lectores, unos seres inocentes y generosos que pagan con su propio dinero por regalarnos unas horas de sus vidas. Nosotros solemos defraudarlos porque, como en todo el género humano, en el que prevalecen los ejemplares débiles y depravados, los escritores que escribimos mal somos muchos más que los que escriben bien.

Pero mi sueño siempre ha sido ser veterinario, y a lo largo de mi infancia comunista nada hacía sospechar que un día, en lugar de trabajar en una consulta llena de perros sin vacunar, estaría ingresado en un manicomio en Bélgica, un país que lleva un año sin gobierno. Los días tras el Telón de Acero transcurrían tranquilos, y mientras pasaban los años yo me dedicaba a fantasear con tener un pasaporte y a hacer colas para comprar papel higiénico. Todo se complicó cuando cayó el Muro y los ciudadanos de los países comunistas, hasta entonces acostumbrados a la caza cotidiana de los productos de primera necesidad, tuvimos que enfrentarnos al vasto universo de posibilidades del mercado libre. Con las multinacionales occidentales llegaron a Polonia el vicio y el desenfreno, y en esas nuevas circunstancias geopolíticas me enamoré de un estadounidense que se llamaba Ernest Hemingway. Ernest, que estaba en Polonia dando clases de boxeo en una acade-

mia de Cracovia, también se fijó en mi flácida persona y poco tiempo después estábamos viviendo juntos. Hemingway y yo fuimos muy pobres y muy felices en nuestro piso cracoviano, pero al año siguiente a Ernest le propusieron impartir una asignatura de boxeo en la Universidad de Vinson, la capital de la Antártida. Entregado como estaba a la vida sexual, seguí a Hemingway al continente blanco, donde, a falta de plazas en la carrera de veterinaria, emprendí estudios de filología antártica. En Vinson llevábamos una vida tranquila hasta el día en que Ernest se levantó y se pegó un tiro, dejándome solo una confusa carta de despedida en la que hablaba de una generación perdida, los aseos de un bar en París, las dos guerras mundiales, la Guerra Civil Española y un joven soldado que intentaba huir en bicicleta. Pasé los meses que siguieron al suicidio de Ernest escuchando el aria *Casta diva* de Bellini interpretada por Maria Callas, leyendo a Nietzsche y atisbando por

primera vez la idea del eterno retorno, sin sospechar que no resultaría cierta en lo sucesivo de mi vida sexual.

Aun así continué viviendo en Vinson y unos años más tarde me licencié en filología antártica, no porque me interesara la literatura, sino porque mi permiso de residencia era de estudiante y tenía que seguir en la universidad para que no me expulsaran del país. Lo que sí me interesaba era aprender idiomas, porque tenía la esperanza de que hablar el antártico y alguna otra lengua no solo me ayudaría a integrarme en el extranjero, sino también me convertiría en un políglota o una persona feliz. Nada más lejos de la realidad, puesto que me encuentro ingresado en el manicomio de un país que lleva un año sin gobierno y sumido desde hace tiempo en la abstinencia sexual. Los pocos momentos agradables que experimento en el hospital psiquiátrico de Lieja son los que dedico a mi segunda novela, que empecé a escribir en unas viejas páginas

del diario flamenco *De Standaard*. Encontré las hojas de este periódico en neerlandés debajo de mi cama y al principio las utilicé a falta de otro soporte, pero con el tiempo, al estar llenas de palabras en un idioma que no entiendo, me acabaron tranquilizando con más eficacia que la medicación que me suministran los enfermeros.

Porque durante años había pensado, de acuerdo con la propaganda social que asimilé desde la más tierna infancia, que hablar lenguas extranjeras era una suerte, una riqueza cultural y un privilegio. Había leído varias citas al respecto de intelectuales admirados, como Goethe, quien dijo que un hombre valía por tantos hombres como idiomas poseía o que quien no conocía las lenguas extranjeras nada sabía de la suya propia. Hoy sé que, aparte de escribir obras literarias, Johann Wolfgang se dedicaba a la investigación del hueso intermaxilar, pero Goethe no fue el único que me bombardeó con argumentos irrefutables a favor del

aprendizaje de las lenguas extranjeras. También los ministerios de educación y las universidades aseguraban a los inexpertos ciudadanos que hablar idiomas garantizaba el éxito profesional y una vida personal satisfactoria. Yo mismo creí durante años en esos embustes y entendí demasiado tarde que hablar lenguas extranjeras llevaba a la locura y que quien hablaba idiomas acababa desquiciado. Basta con observar el destino del multilingüe Karol Wojtyła, quien se pasó años viajando por el mundo envuelto en un vestido blanco y alojado en el lugar más turístico de Roma. Porque si uno no habla idiomas, lo más grave que le puede pasar es que le sirvan algo que no ha pedido en un restaurante en el extranjero; en el caso contrario, puede acabar en el Vaticano o encerrado en un manicomio. A estas alturas de mi miserable vida ya sé que hablar idiomas solo lleva a la amargura y por eso estoy escribiendo mi segunda novela en unas viejas páginas del diario flamenco *De*

Standaard, siendo el neerlandés un idioma que desconozco y que por tanto me inspira tranquilidad y paz mental.

Tuve que dejar de escribir porque mi compañero de habitación, el padre Kalinowski, terminó su oración vespertina, se quitó la sotana, me bendijo y apagó la luz. Antes de ingresar en el hospital psiquiátrico de Lieja, el sacerdote vivía en un bloque de pisos de una ciudad minera al sur de Polonia y, aparte de officiar misas, cuidaba de un huerto en las afueras, donde residían sus cinco pollos. El padre Kalinowski está en el manicomio a causa de un misterioso colapso del que no quiere hablar y se pasa el día orando, entrenando en la bicicleta estática que tenemos en el cuarto y escuchando la radio, en la que sintoniza el canal del episcopado polaco. Nuestra convivencia es difícil, tanto a causa del insomnio que atormenta al sacerdote por las noches, como por sus frecuentes plegarias por la salvación de mi alma, que suele llevar a cabo en me-

dio de nuestro modesto habitáculo. Hoy se ha dormido rápido y yo me he quedado un largo rato despierto, escuchando su respiración tranquila y fantaseando con salir un día del hospital psiquiátrico de Lieja, volver a tener relaciones sexuales y dedicarme a consolar animales domésticos en una pequeña consulta en las afueras de Vinson.